



Eduardo Galeano lee las resoluciones del Congreso. En la mesa, de izquierda a derecha: Arturo Azuela, Caballero Bonald, Félix Grande, Enrique Molina, Luis Rosales, Galeano; Brito, Moreno y Bryce Echenique.

I Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española

EL LUGAR SIN LIMITES

PATROCINAN el Congreso la Dirección General de Difusión Cultural, el Cabildo Insular de Gran Canaria y el Centro Iberoamericano de Cooperación (Cultura Hispánica). El día de apertura —domingo 3— inicia la ronda de castigos y discursos por parte del Cabildo el ex senador ucedeo Fernando Giménez. El ex padre de la Patria nos habla de las muchas patrias que tiene el castellano y del "gran teatro del mundo".

Juan Cueto, a mi lado en la hermosa galería colonial de la Casa de Colón, dice:

—Yo, en plan de metáforas, prefiero las marinas a las teatrales.

Apostilla el novelista Villar Raso ("Mar ligeramente Sur"):

—Yo, en marinas, me quedo con Braque.

Aunque hoy dominen las metáforas teatrales y marinas (la singladura y la nave del Estado, etcétera), hubo un tiempo en que privaban las eólicas. Sobre todo en la izquierda. Los aficionados en general y los marxistas en primera instancia eran adictos a ellas: "los vientos de la Historia", "el vendaval de la revolución"...

Seis a uno

Antonio Tovar lee un discurso de Dámaso Alonso. Don

"La fealdad de los escritores españoles de más de cuarenta años es inenarrable. Además se les pone cara de otra cosa, aunque se dejen melenas". Lo dice Eduardo Blanco Amor, un escritor español de más de cuarenta años, mientras contemplamos el desfile, en orden abierto, de los escritores que asisten al Congreso celebrado en Las Palmas. Los hay espantosos. Ya dijo Erasmo que la cara es el espejo de la prosa.

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Dámaso no pudo ir y, acaso por eso, sus palabras no son inéditas. Para tan solemne acto, el prócer envía un texto leído en otro acto solemne, cuando recibió el Premio Cervantes.

"Los españoles no somos los amos de nuestra lengua (...). Por cada español vivo, existen en el mundo otros seis hombres cuya lengua es la misma nuestra". De acuerdo con la justicia estadística tendría que haber aquí seis escritores americanos por cada español. No llegamos a tanto.

Aquí están Daniel Sueiro, Pablo Antonio Cuadra, Luis Pastori, Ullán, Altares, Fernando del Paso, Dámaso Santos ("father and son"), J. L. Ruiz, Antonio Gala, Antonio Martínez Sarrión, Antonio Ferrer, Mauricio Wacquez, Celso Emilio Ferreiro, Daniel Moyano, Moreno Durán, Heredia Maya, Azancor, Claudio Rodríguez, Vélez, Ripoll, Sologuren, Molinero, Luis Suñén, Juan José Millás, Mariña Gálvez, Jenaro Taléns, J.

J. Padrón, J. Rodríguez Padrón, José Luis Cano, Alicia Cid, Adolfo Westphalen, Angel González, José Esteban, Onetti ("paso a paso, oprimiendo sin ruido la suavidad del piso"), Antonio di Benedetto, Abel Possé, Juan Marsé, Carlos Barral, Castellet, Joaquín Marco, Rodolfo Hinostroza, Ernesto Parra, Mariano Antolín Rato, López Barrios, Juan Cruz, Juan Rulfo, Sánchez Espeso, Brines, Guillermo Carnero, José Hierro, Nélica Piñón, dos de los infinitos hermanos Goytisolo, Eduardo Lizalde, Eduardo Ballester y Fernando Castedo, que tanto contribuyeron a este Congreso...

Faltan estrellas esperadas: García Márquez, Sábato, Vargas Llosa, Fuentes (que envía una ponencia), Paz, Borges... El azar rinde así homenaje a Rulfo, el hombre que puso la semilla de muchas novelas en "Pedro Páramo" ("El padre Rentería se acordaría muchos años después de la noche en que la dureza de su cama lo tuvo despierto y después lo

obligó a salir"... "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde en que su padre lo llevó a conocer el hielo").

De Siberia a Santa Frígida

El lunes 4 empezaron las ponencias. Los organizadores fueron liberales con los ponentes e implacables con los oyentes: las ponencias pasaron del medio centenar; los exponenciados expuestos a ellas, ciento sesenta. Así, pues, la tercera parte fue a la vez víctima y verdugo.

Las ponencias se leían y debatían en la residencia universitaria Monte Coello, en Santa Brígida, hermoso lugar situado a dos leguas pinas de Las Palmas, entre araucarias, eucaliptos globulus, laureles de Indias y palisandros o jacarandaes. Allí vivían la mayoría de los asistentes al Congreso. La altitud del sitio (hablaban de 700 metros sobre el nivel del mar) y la rareza del agua caliente en las duchas llevó a sobrebautizarle Santa Frígida.

El resto de los congresistas moraba en Las Palmas, en el hotel Iberia, algo alejado del centro vivo de la ciudad. Acaso por eso le llamaban Siberia.

Todas las tardes había se-

sión plenaria en la Casa de Colón, edificio con sabor virreinal junto a la catedral, en el barrio de Vegeta.

Las ponencias se agrupaban en trinidadas, más o menos santas, que llenaban toda la mañana. De modo que el número máximo de ponencias al alcance del congresista fue de quince, salvo casos de bilocación. Luego repartían fotocopias.

Una ponencia leída por el autor o por otro es como el café descafeinado. El café-café llegaba cuando alguien dejaba los papeles y la decía. Eso hizo el novelista peruano Manuel Scorza ("Redoble por rancas") con "Literatura: primer territorio libre de América".

Con aires de orador sacro, con vehemencia misional, Scorza sabía tener en vilo al auditorio (¡qué carrera episcopal desperdiciada!). La prueba era los muchos parti-

cipantes en el coloquio: Andrade, Brito, Sassone, Ariel Dorfman, Carlos Castaño, Camacho y un señor mayor, venezolano, que se confesó no escritor y sí "acompañante de corazón de una dama". También los españoles Morales Padrón y Félix Grande ("Alguno de vosotros quizá me conozca como un hombre vagamente de izquierdas. Estoy seguro de que cuando termine de hablar muchos me conoceréis como un hombre vagamente de derechas").

El aperitivo/almuerzo de la famélica legión

Casi siempre había alguna entidad local que invitaba a comer o a cenar. En los programas decía "Aperitivo/Almuerzo" o "Aperitivo/Cena". Existía desacuerdo en la interpretación de la expresión.

Los anfitriones cargaban el énfasis sobre lo de aperitivo. Los convidados, el hambre sobre lo de almuerzo. Así fue como quedaron convertidos en famélica legión, soñadora de ollas, duelos y quebrantos... Era, en cambio, muy generosa la interpretación del alcohol. Y como nunca faltaba, y aun sobraba el whisky, algunos congresistas, lentamente y contra su voluntad casi, empezaron a beberlo (sería injusto decir que todos tomaban whisky: algunos preferían "gintónicos").

Por las tardes, en las sesiones plenarias se hacían mesas redondas. Para evitar camas redondas se dispuso una organización estratificada. En el patio, sobre una tarima, la mesa con los expertos de turno. Abajo, la prealcohólica legión. Arriba, en la galería, el respetable.

Hubo una mesa sobre "Cine y literatura", presidida

por Agustín Yáñez, con Ricardo Muñoz Suay, Manuel Puig, Adriano González León y Severo Sarduy. Puig sentía el cine como el claustro materno ("el único lugar donde me encontraba fuera de peligro era una sala de cine"). "Yo nunca voy al cine", afirmaba Severo Sarduy, que, a pesar de eso, fue dos veces actor:

—Esas dos películas no se podían acusar de machistas. Los actores eran travestis. El más viril era yo. Así que consideren.

González León sudaba como un caballo, pero no por la muerte del libro ("McLuhan, para decir que el libro va a ser sustituido por la imagen, escribe un libro"). En otros temas era más pesimista:

—Se hable de lo que se hable (por ejemplo, de la influencia de las coles en la poesía de San Juan de la Cruz), siempre al final dirán que uno es un intelectual pequeño-burgués al servicio del imperialismo y de la CIA, traidor y maricón.

Y Sarduy se autoseñalaba.

Muñoz Suay era parco en palabras y contundente en ideas:

—Los productores españoles tienen nostalgia de la época de Franco. Había mucho proteccionismo y por eso había muchos productores. Hoy, los dueños del cine son los exhibidores, los dueños de las salas. El cine español ha terminado.

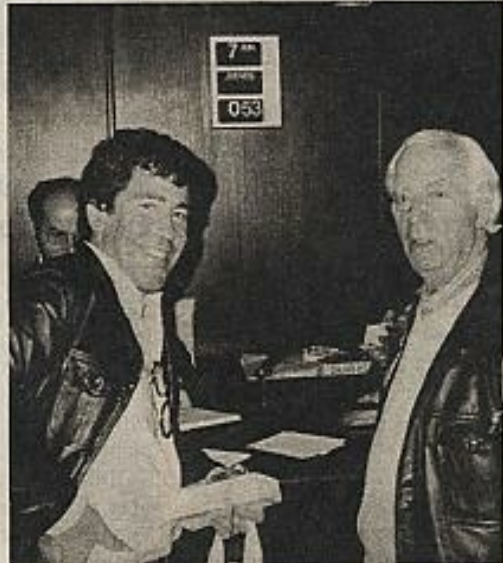
Seguía Sarduy:

—La fuerza del cine es el erotismo. Pocas escenas tienen la fuerza de la mujer aurificada de "Goldfinger". Adoro las películas de James Bond, con quien quisiera identificarme.

En casi todos los actos se veían dos extraños personajes con boina. La llevaban bien celada, al estilo de Baroja y Azorín en una conocida foto parisina de 1937. Preguntaba mucha gente quiénes serían. Uno de ellos resultó ser federal.

La pleamar de las protestas

Transcurría el Congreso con placidez entre académica



Arriba: Raúl Guerra, Joana Zlotescu, Vaz de Soto, Félix Grande, Paca Aguirre, Caballero, Esteban. Armas Marcelo, Alicia Cid y José Hierro. Abajo, izquierda: el poeta Angel González con el paleontólogo Santiago Genovés. Derecha: Sánchez Drago y Blanco Amor.

EL LUGAR SIN LIMITES

y criolla cuando el escritor cubano exiliado Carlos Alberto Montaner alborotó los espíritus. Tenía una ponencia titulada "La situación intelectual en Cuba". La cambió y leyó un alegato anticasquista, donde pedía que los escritores retiraran su apoyo a la revolución cubana. Y se apoyaba en Edwards, Karol, Dumont, Oscar Lewis, Hugh Thomas, Horowitz, Sender, Arrabal, Ionesco, Goytisolo, Semprún, Paz, Susan Sontag, Vargas Llosa... Recordaba los casos de Heberto Padilla, la última soledad de Lezama Lima, la prisión por veinte años del poeta inválido Armando Valladares...

Montaner estuvo a punto de lograr lo contrario de lo que pretendía. Un rosario de peticiones de palabras cayó sobre Cueto, metido a moderador del tiberio. Gabriel y Galán hablaba de "panfleto absolutamente llameante"; Quiñones, de David y Goliat (Cuba y USA); González Bermejo, de movilización popular; Scorza, de "tremendo panfleto que ha perpetrado el señor Montaner"... Cueto trataba de moderar la inmoderada pleamar de protestas. Todo en vano:

—No argumentaciones "ad hominen"...

Y salía al ruedo la guatemalteca Margarita Carrera para decir:

—Ante un rebaño de escritores...

Moderaba el moderador:

—La argumentación "ad hominen" incluye la palabra rebaño.

La señora o señorita siguió impertérrita y nos leyó un capítulo de un libro suyo "contra los dogmatismos", donde dice tajantemente que con Cristo empieza el fascismo. Se fue animando y leía ya casi a gritos cuando el respetable cortó su lectura con aplausos. Sistema infalible.

Y seguimos. Helena Sassone, Brito, Dorfman... Entonces se levantó Marichal a recordar que "estábamos hablando de política y para esto no hemos venido aquí, éste es un Congreso de escritores". Gritaba Cueto "¡por favor,

por favor!". Y hablaban Eugenio de Nora, Scorza, Monteforte, otra vez Scorza, Marichal, Paca Aguirre, Adoum, Baeza Flores, Montaner... Amenaza Scorza con un abandono masivo o semimasivo del Congreso, y luego retiraba lo dicho y pedía excusas. Hablaba Jiménez Losantos, y una señora protestaba porque hablaban pocas mujeres. Cueto pedía respeto al orden de palabra y Ariel Dorfman pedía una plenaria sobre el tema del intelectual y la revolución. Lanzó Cueto sobre la idea y dijo que pasaba la propuesta al comité organizador, y ahí acabó todo.

(Luego Montaner se iría y al final no se celebraría la mesa redonda.)

Vuelve la paz

La expectación casi morbosa por Montaner tapó dos ponencias muy elogiadas por Luis Rosales: "El exilio, entre la nostalgia y la creación", de Eduardo Galeano, y "Escritores hispanoamericanos en España", de Carlos Rama. El Nadal Raúl Guerra ("Lectura insólita del capital") tuvo la insólita intervención de la no lectura de su ponencia para dejar más tiempo al debate cubano. Los ponentes de otras aulas acababan pronto y venían al aula de la discordia. Así, Amorós —llegado al Congreso con su bibliografiado Francisco Ayala—, para hablar de teatro.

Volvieron las ponencias, los paseos en autobús, las mesas redondas. El interés estaba en los debates posteriores, en los interpellantes. Ingeniosas eran, por ejemplo, las intervenciones del paleontólogo hispanomexicano Santiago Genovés. A veces había una ponencia hecha con humor. Así fue la de Augusto Monterrosa, que pedía aproximación total entre escritores y escritoras. A Monterrosa se le atribuyó la siguiente frase:

—Los enanos poseen un sexto sentido que les permite reconocerse inmediatamente.

Movido estuvo el debate de y contra Sánchez Dragó ("De-

fensa de la novela y contra la novela"). Allí hablaron Scorza, Brito, Joana Zlotescu, Vaz de Soto...

Pedía Sánchez Dragó aventura y cosmopolitismo en la novela. Ya estaba bien de los menudos hechos cotidianos, por ejemplo, del lígüe con la vecinita.

Replicaba Raúl Guerra:

—¡Eso, tú, que ligas mucho, porque hay quien no se come una rosca!

En una mesa redonda sobre la crítica, un oyente, indeseable y pendenciero, arremetió contra ponentes y coloquiantes. Fue abucheado.

Y así, ponencia a ponencia, nos acercábamos al final. El Congreso iba cumpliendo uno de sus fines principales: el trato y conocimiento entre los congresistas. Alfonso Grosso comentaba con el hispanoportero alemán Ricardo Bada la vida germánica:

—¡Qué gente más rara: te inventan el mauser y la aspirina!

Un grupo de escritores canarios, residentes en las islas, atacaba al Congreso desde fuera, sin aceptar la invitación de venir a atacarlo a domicilio. "Se opone al progreso social del pueblo canario"; está vinculado a "organismos tales como el Pen Club Internacional, el Centro Iberoamericano de Cooperación y a multinacionales editoriales, como, por ejemplo, Seix-Barral". Afirmación esta última acogida con singular sorpresa por los autores de la casa.

El siguiente, en Venezuela

El viernes —casi a la hora del aperitivo/almuerzo—, Galeano leyó los proyectos de resoluciones, que se sometieron a una asamblea, y se aprobaron tras pequeñas modificaciones.

Había siete puntos; celebrar el próximo Congreso en Venezuela; protestar por la violación de los derechos humanos en el ámbito de los países de nuestra habla; solidaridad con los escritores latino-

americanos que están en España; homenaje a Lázaro Cárdenas, como símbolo de la acogida americana a los exiliados españoles; creación de asociaciones nacionales e internacionales; revista literaria internacional con apoyos en Caracas, México y Madrid; capítulo de gracias a los patrocinadores, al pueblo canario y homenaje a los escritores canarios de las islas (es decir, los que protestaban).

Formaban la mesa Arturo Azuela, Caballero Bonald, Félix Grande, Enrique Molina, Luis Rosales, Eduardo Galeano, Brito, Carlos Martínez Moreno y Alfredo Bryce Echenique (llamado "Brais").

El llamado Eduardo Galeano —en realidad, Hughes Galeano— escribe con el Galeano, pero usa el galés Hughes para la diplomacia, en la que resulta ser maestro.

Para algunos, la conclusión de las conclusiones era diáfana: adiós al cubanocentrismo. Durante muchos años, decían, toda la política cultural latinoamericana ha estado condicionada por la revolución cubana. Cuba era el centro de gravedad y el punto de referencia. Ahora no hay centro (salvo el Iberoamericano de Cooperación).

El Congreso terminó oficialmente el domingo por la mañana en Madrid. En el Centro Iberoamericano habló, con brevedad feliz, un representante del Cabildo (insular). Luego, Manuel de Prado, presidente del centro, hizo un bonito discurso con citas de Heidegger. Y el ministro Clavero anunció la creación de una tasa sobre las obras con derechos de autor caducados para ayuda al escritor.

Al terminar el acto, mientras los asistentes salían del salón, una joven canaria leyó un manifiesto contra el Congreso. Después hubo un aperitivo. Allí, la persona más descansada (y a la vez cansada) era J. J. Armas, miembro del comité organizador y organizador del comité y del Congreso. El aperitivo fue aperitivo. El almuerzo, cada uno en su casa. ■ V. M. R. Fotos: RICARDO BADA.